

Sexta parte: El renacimiento del comercio.

Sus causas y sus circunstancias.

La conquista de Sicilia en el siglo IX (acabada en 902 con la toma de Taormina) señala el último empuje del Islam en Occidente. Desde entonces, renuncia a sus conquistas. España, y los Estados que se forman en la costa africana, Marruecos, Argel, Keruán, Barka, hasta Egipto, perdieron la fuerza de expansión de los primeros tiempos. Ya no atacan a los cristianos, viven junto a ellos, en una civilización más avanzada, más refinada y más cómoda. Sólo piden una cosa: que los dejen en paz y, naturalmente, en posesión de ese Mediterráneo cuyas costas del sur y del este ocupan.

Desgraciadamente para ellos, eso era imposible. Si hubiesen querido vivir seguros, hubieran podido hacer lo que los romanos hicieron antaño: procurarse fronteras defendibles. Poseen España, pero no hasta los Pirineos; son suyas todas las islas del mar Tirreno, pero no la Provenza ni Italia. Y ¿cómo conservar Sicilia sin Italia? Puede decirse que se detuvieron demasiado pronto, como si estuvieran cansados. Su dominio ofrece algo de inconcluso. Sus posiciones avanzadas en Europa no tenían defensa posible. ¿Cómo no los iban a atacar sus vecinos, más pobres que ellos, y en cuyo seno el entusiasmo religioso crecía sin cesar desde el siglo X?

Fue en España donde comenzaron a hacerse sentir las consecuencias. Los pequeños principados del norte, cuya tierra es pobre e inculta, tratan naturalmente de extenderse al no oponérseles ninguna frontera natural. La antigua Marca Hispánica se había independizado durante la dislocación carolingia, primero bajo el nombre de condado de Barcelona, posteriormente de Cataluña. En la montaña se habían constituido los pequeños reinos de Navarra, de Asturias y de León; después los de Aragón y Castilla. Portugal, que dependía de ésta, se erige en reino independiente durante la primera Cruzada, bajo el gobierno del príncipe burguiñón Enrique (+1112). Entre estos pequeños Estados y los musulmanes existía una ininterrumpida guerra fronteriza, no siempre feliz para los cristianos. A fines del siglo X, bajo el califa Hischam II fue destruida Barcelona (984), y también Santiago, cuyas campanas tuvieron los cristianos que llevar a Córdoba. Pero, después de la extinción de la dinastía de los omeyas (1031), el siglo XI señala el avance cristiano. En 1057, Fernando de Castilla llega hasta Coimbra y obliga a muchos emires, incluso al de Sevilla,

a pagarle tributo. Su hijo Alfonso VI (1072-1109) se apodera de Toledo, de Valencia y pone sitio a Zaragoza. Derrotado por los almorávides de Marruecos, a quienes el emir de Sevilla había llamado en su auxilio en 1086. se paralizaron sus conquistas, después de haber llegado con su ejército hasta el estrecho de Gibraltar. Pero el progreso de los cristianos queda ya bastante señalado; no habiendo podido desalojarlos de sus montañas, llegarán a Gibraltar.

En Italia los acontecimientos son más decisivos. Los bizantinos, que no habían podido defender a Sicilia, poseían aún el sur de la península cuando la llegada de los normandos sustituyó su dominación y la del Islam por la de un nuevo Estado guerrero y lleno de vida. La conquista de Sicilia y luego la de Malta lanzaron dos ciudades cristianas en pleno Mediterráneo musulmán. Además, los pisanos habían tomado parte en la guerra. Desde hacía algún tiempo, luchaban por mar contra los moros de Cerdeña, a los que expulsaron en 1016. Tomaron parte muy activa en la conquista de Sicilia. La cúpula de Pisa es una especie de arco de triunfo en honor de la conquista del puerto de Palermo en 1067. Génova también comenzaba sus expediciones y hostigaba la costa del Africa. Esto no tenía aún nada que ver con el comercio; eran correrías, piraterías y pequeñas guerras, suscitadas por esos marinos en quienes la idea cristiana se mezclaba con la idea del lucro.

En resumen, pues, desde mediados del siglo XI el Occidente cristiano toma, mediante esfuerzos aislados, la ofensiva contra el Islam. Pero esto no tiene nada de común con una guerra religiosa. Eran guerras de conquista que hubieran estallado igual entre gentes de la misma religión, si las circunstancias y la situación geográfica se hubiesen prestado a ello. Los normandos atacan, por otra parte, indistintamente, a los bizantinos y a los musulmanes.

Considerándola de una manera general, en el conjunto de la historia del mundo, la Cruzada se enlaza evidentemente con estos acontecimientos como continuación de la ofensiva contra el islamismo. Pero sólo tiene con ellos un rasgo común: dirigirse contra el Islam. Por lo demás, en sus orígenes, su fin, sus tendencias y su organización, difiere en absoluto.

Es, desde luego, pura y exclusivamente religiosa. Se relaciona íntimamente a este respecto, en cuanto al espíritu que la anima, con el gran movimiento de fervor cristiano del cual la guerra de las

investiduras es otra manifestación. Se relaciona, además, con él porque el Papa, que condujo aquella guerra y la desencadenó, desencadena y organiza también la Cruzada.

Verdaderamente, su objetivo no es el Islam. Si se hubiese querido retroceder, habría sido preciso secundar a los españoles y a los normandos. Lo que le interesa son los Santos Lugares, el sepulcro de Jesucristo en Jerusalén. Estos pertenecían a los musulmanes desde el siglo IX y nadie se había ocupado de ellos hasta entonces. En aquella época, bajo el gobierno árabe, no se molestó a los cristianos y la piedad de éstos no era aún tan susceptible. Pero justamente cuando empezaba a serlo, en el siglo XI, los turcos selyúcidas se apoderan de Siria y su fanatismo ofende a los peregrinos, que se apagan por todas partes su indignación ante el oprobio de que se hace víctima a Cristo. Pero entre los peregrinos figuran muchos príncipes, como Roberto el Frisón. Evidentemente, no fueron los relatos de la gente humilde (que no acudiría en gran número a Jerusalén) sino los de caballeros y príncipes los que soliviantaron la opinión.

A sus excitaciones se unen en seguida las insinuaciones del emperador de Bizancio. La situación del Imperio, desde la aparición de los selyúcidas en el Asia Anterior, es de las más precarias. En el siglo X los emperadores macedonios Nicéforo Focas, Juan Tzimisces y Basilio II habían hecho retroceder al Islam rehaciendo la frontera sobre el Tigris. Pero los selyúcidas, en el siglo XI, vuelven a conquistar Armenia y el Asia Menor. En el momento en que Alejo Commeno sube al trono (1081), únicamente las costas son aún griegas. No hay flota. El ejército no basta. Alejo piensa en Occidente. ¿A quién dirigirse, sino al Papa? Sólo el ejerce una influencia universal. Pero para contar con su apoyo se necesita un motivo de índole religiosa. En 1095 envía una embajada a Urbano II, en el concilio de Plasencia, dejando entrever la posibilidad de volver a la comunidad católica. Algunos meses más tarde, el 27 de noviembre de 1095, se proclamaba en Clermont la Cruzada entre el entusiasmo de la multitud reunida alrededor del soberano pontífice.

La Cruzada es esencialmente obra del papado. Lo es por su carácter universal y por su carácter religioso. No son los Estados, ni incluso los pueblos, quienes la emprenden, sino el papado. Su motivo es absolutamente espiritual, desgajado de toda preocupación humana: la conquista de los Santos Lugares. Únicamente los que

acometen la empresa sin espíritu de lucro tienen derecho a las indlugencias. Será preciso esperar a las primeras guerras de la Revolución Francesa para encontrar combatientes tan desligados de toda consideración salvo el sacrificio a una idea.

El entusiasmo religioso y la autoridad del Papa no hubieran bastado, sin embargo, para suscitar una empresa tan gigantesca, si la condición social de Europa no la hubiera hecho posible. Fue preciso que coincidieran, a fines del siglo XI, este fervor religioso, esta preponderancia del papado y estas circunstancias sociales. Un siglo antes hubiera sido imposible, y también un siglo después. La idea realizada en el siglo XI se prolongó después como una idea matriz en condiciones muy diferentes y, por otra parte, debilitándose de día en día. Pero sobrevivió incluso al Renacimiento, puesto que los Papas piensan todavía en ella, en el siglo XVI, para combatir a los turcos. Pero la auténtica Cruzada, la madre de todas las demás, es la primera y es verdaderamente hija de su tiempo.

En un principio, no hay todavía Estados. Las naciones no tienen gobiernos que hayan hecho presa en ellas. La política no divide la cristiandad, que puede agruparse totalmente alrededor del Papa.

Además, existe una clase militar dispuesta a la aventura: la caballería. El ejército está pronto; basta convocarlo. Lo que puede hacer, lo ha probado ya en las conquistas de los normandos en Italia y en Inglaterra. Y es un ejército que no cuesta nada, puesto que está dotado, de padres a hijos, por los feudos. Es inútil reunir dinero para la Guerra Santa. Basta designar los jefes y los caminos a seguir. Desde este punto de vista, la Cruzada es esencialmente la gran guerra feudal, donde el feudalismo occidental ha actuado totalmente y, si así puede decirse, por sí mismo. Ningún rey, toma parte en la Cruzada. Y lo curioso es que incluso nadie ha pensado en ellos, y no digamos del emperador, el enemigo del Papa.

Y no es nada sorprendente que fuera en los países donde el feudalismo estaba más avanzado en donde la Cruzada reclutase sobre todo sus tropas; en Francia, en Inglaterra, en los Países Bajos y en la Italia normanda. Desde este punto de vista es, especialmente, una expedición, no digamos de pueblos romanos, pero sí de la caballería romana.

Sin la caballería hubiera sido imposible, porque fue, sobre todo, una empresa de caballeros, de nobles. No hay que imaginársela como una especie de alud de cristianos en masa dirigiéndose a Jerusalén. Fue, ante todo, una expedición de hombres de armas, sin lo cual no hubiera hecho más que suministrar víctimas a los turcos. Y resulta ahora que no fue tan numerosa como se creyó. A lo sumo, reunió unas decenas de miles de hombres, cifra relativamente enorme, pero que no tiene nada de común con la que hubiera facilitado una especie de migración en masa.

Toma de Jerusalén.

La expedición fue cuidadosamente preparada bajo la dirección del Papa. Se enviaron a todas partes monjes propagandistas. Pero tampoco se desdeñaron otros medios más terrenales. Por muy grande que fuera el amor a Cristo, se trataba de entenderse con hombres y no se temió, para "estimularlos", dirigirse a toda clase de pasiones, las místicas y las otras. Las excitatorias que se repartieron entonces entre la cristiandad ensalzan a la vez la cantidad de reliquias sagradas que encierra el Asia Menor, el atractivo y el lujo de sus costumbres y la belleza de sus mujeres. Se tomaron algunas medidas en favor de los que marchaban; sus bienes quedaban bajo la custodia de la Iglesia y así tenían la seguridad de encontrarlos al volver. El plan bélico no debía ser muy difícil, dado el gran número de occidentales que habían hecho ya el viaje de Jerusalén. Por carecer de flota suficiente, éste se haría por tierra. Sólo los normandos de Italia y los contingentes del norte de este país cruzaron el Adriático para desembarcar en Durazzo y dirigirse desde allí a Constantinopla que era el punto general de reunión. Había tres ejércitos: los lotaringios, al mando de Godofredo de Bouillon, que pasaron por Alemania y Hungría; los franceses del norte, con Roberto de Normandía, hermano de Guillermo II de Inglaterra, Esteban de Blois, Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia, Felipe I y Roberto de Flandes, que bajaron por Italia, donde se unieron a los normandos, capitaneados por Bohemundo de Tarento, hijo de Roberto Guiscard y su sobrino Tancredo; y finalmente, los franceses del mediodía, al mando de Raimundo de Toulouse, en compañía del legado, el obispo Aldemar de Puy, que se dirigieron por el norte de Italia y las costas del Adriático, reuniéndose todos en Constantinopla, donde llegaron en grupos (1096).

Varios tercios entusiastas, animados por la voz de Pedro el Ermitaño, habían partido ya, sin jefes y sin disciplina, a primeros de 1096, saqueando y asesinando a los judíos. De éstos, los que llegaron a Constantinopla fueron transportados inmediatamente por los griegos a la otra orilla del Bósforo y descuartizados por los turcos.

Si el Papa había soñado atraerse a la Iglesia griega por medio de las Cruzadas, sufrió sin duda alguna una decepción. El contacto de los occidentales con los griegos aumentó la mutua antipatía y el abismo entre ellos se hizo más profundo. Pero se consiguió el fin místico que les había hecho tomar las armas. A través de los combates, las fatigas y los peligros, que pueden compararse a los de la retirada de Rusia y que debieron de ser igualmente mortíferos, los restos del ejército aparecieron por fin ante las murallas de Jerusalén el día 7 de junio de 1099. El 15 de julio, la ciudad fue tomada al asalto, derramándose torrentes de sangre en nombre de Dios del amor y de la paz, cuyo sepulcro se venía a conquistar.

El resultado de esto fue el establecimiento de pequeños Estados cristianos: el reino de Jerusalén, del que Godofredo fue elegido soberano con el nombre de Procurador del Santo Sepulcro; el principado de Edesa, cuyos habitantes, al paso de los cruzados, le habían concedido el título de conde a Balduino, hermano de Godofredo; el principado de Antioquía, del cual se había hecho príncipe Bohemundo de Tarento después de conquistar la ciudad en 1098. Todo esto, lejos de Europa, organizados de acuerdo con el derecho feudal, y amenzados por todas partes por el Islam casi indemne. Eran simples colonias que no respondían a ninguna de las necesidades propias de éstas. No era necesario enviar tan lejos el exceso de población, ni organizar centros comerciales. Aunque el espíritu del lucro no faltaba en absoluto entre los cruzados, ninguno de ellos se sentía guiado por propósitos mercantiles. La idea religiosa era la única dominante. Pero el resultado inmediato fue un resultado comercial. Era preciso aprovisionar esa base militar cristiana que acababa de fundarse en Oriente. Venecia, Pisa y Génova se encargaron en seguida de ello. Los principados establecidos por la Cruzada constituyeron la meta de sus navíos. El este del Mediterráneo estaba ahora unido al Occidente. La navegación cristiana iba a desenvolverse desde entonces de un modo continuo. En suma, las burguesías de las ciudades italianas fueron las que lograron el mayor provecho de las Cruzadas. Pero éste no era su fin. Sus manifestaciones más auténticas se hallan en la alianza del espíritu militar y del espíritu religioso tal y como se

encuentra en las órdenes de los Templarios y de los Hospitalarios.

Como establecimientos cristianos, las posesiones de los cruzados eran muy difíciles de defender. Ya en 1143 cae Edesa y es necesario organizar una nueva Cruzada (2a. Cruzada), que fracasa. En 1187, Saladino, sultán de Egipto, toma Jerusalén, que ya no vuelve a ser reconquistada.

Este gran movimiento de las Cruzadas sólo produjo una actividad más rápida y mayor en el movimiento comercial del Mediterráneo. Sirvió muy poco para dar a conocer los progresos económicos y científicos del Islam en el Occidente. Estas manifestaciones fueron propagadas por medio de Sicilia y de España. Al menos pudieron descubrir el mundo griego; pero no fue así. Era demasiado pronto para que los occidentales se interesaran por los tesoros que dormían en las bibliotecas bizantinas. Había que esperar el momento en que los refugiados del siglo XV los llevaran a Italia. Ocurrió lo mismo con la América descubierta por los normandos, que se volvió a perder luego, porque no la necesitaban en el siglo XI.

En resumen, el enorme esfuerzo de los cruzados no tuvo apenas consecuencias directas. No rechazó al Islam, no se atrajo a la Iglesia griega, ni siquiera conservó Jerusalén ni Constantinopla. En cambio, su importancia fue considerable en un terreno completamente opuesto al espíritu que lo había inspirado: su verdadera consecuencia fue el desarrollo del comercio marítimo italiano y, a partir de la cuarta Cruzada, la constitución del Imperio colonial de Venecia y Génova en el Levante. Resulta muy característico que pueda explicarse la formación de Europa sin que sea necesario hacer intervenir una sola vez a la Cruzada, salvo esta excepción de Italia.

Pero tuvo aún otra consecuencia en el orden religioso. Desde la primera Cruzada, la Guerra Santa sustituye a la evangelización de los no cristianos. Se empleará también contra los herejes. La herejía de los albigenses, y más tarde la de los husitas, fueron extirpadas por la Guerra Santa. En lo que se refiere a los paganos, los más todos empleados contra los vendos, los prusianos y los lithuanianos son característicos: ya no se trata de convertir al infiel, sino de exterminarlo.

El comercio mediterráneo.

La organización económica que se impuso a la Europa occidental en el transcurso de la época carolingia y que se conservó en sus rasgos esenciales hasta fines del siglo XI era, como se ha visto, puramente agrícola. No solamente desconocía el comercio, sino que puede decirse que, regulando la producción según las necesidades de los productores, excluía hasta las posibilidades de toda actividad profesional mercantil. La busca, e incluso la idea del lucro, le eran ajenas. El cultivo de la tierra bastaba para asegurar la existencia de las familias, y no se intentaba hacerla producir un sobrante del que no se hubiera sabido qué hacer.

Esto no quiere decir que no existiera entonces ninguna clase de intercambio. Por más que cada dominio tendiera a producir lo necesario, resultaba imposible prescindir en absoluto de toda importación. En los países del norte, el vino tenía que ser traído necesariamente de las regiones meridionales. Por otro lado, abundan las "hambres locales", y, en trances de escasez, la provincia famélica se esforzaba en obtener algunos recursos de las provincias colindantes. Existían, por último, de trecho en trecho, pequeños mercados semanales destinados a subvenir a las necesidades ordinarias de la población de los alrededores. Pero todo esto no tenía más que una importancia secundaria. Se comerciaba ocasionalmente, y no por profesión. No había una "clase" de comerciantes, como no había una "clase" de industriales. La industria se limitaba a algunos artesanos indispensables, siervos que trabajaban en el territorio señorial para las necesidades de éste, carreteros desperdigados por los pueblos, tejedores de lino o de lana, que sólo producían lo necesario para el consumo familiar. En ciertas regiones, como en la costa de Flandes, la calidad de la lana y la conservación de los procedimientos de la técnica romana daban una calidad superior a las telas de los tejedores campesinos y las hacían muy apreciadas en las comarcas vecinas. Era una especialidad, como lo eran las buenas piedras y los hermosos árboles para las construcciones. Esto daba lugar a un pequeño barajeo o tráfico en los ríos, del que se servían también los viajeros y los peregrinos. Los escasos viajeros procedentes de Inglaterra o que se dirigían a ella utilizaban los pequeños puertos situados al norte de Francia y en los Países Bajos. Pero, aunque nada de esto hubiese existido, en nada esencial habría cambiado el orden de las cosas. Los rudimentos de vida comercial que conoció la época carolingia no respondían a ninguna necesidad permanente ni primordial. La mejor prueba de que así fue está